

la hora de definir —y posteriormente calificar— la naturaleza de clase de las sociedades socialistas, nos encontramos con las siguientes posturas: «que los Estados en cuestión con Estados socialistas [lo que escandaliza a no pocos socialistas occidentales], Estados obreros deformados, Estados obreros burocráticos, Estados socialistas en transición, Estados capitalistas, Estados capitalistas de Estado y Estados Feudales»: un abanico demasiado amplio para una realidad muy concreta —como ya hemos apuntado— y que no es otra que la que resulta de la nacionalización de los medios de producción en sentido marxista. En cuanto a las causas, su concreción parece mucho más difícil, pero las opiniones respecto al «viraje decisivo» hacia la degradación del socialismo en la Unión Soviética, por ejemplo, son también muy abundantes —lo que tampoco contribuye a la claridad necesaria en los hechos—: «su degeneración es fijada por diversas fuentes en 1917 (la revolución leninista fue un error prematuro), 1921 (rebelión de Kronstadt), principios de la década de 1920 (NEP), finales de la década de 1920 (victoria de Stalin sobre Trotski), 1929 (colectivización), mediados de la década de 1930 (purgas), 1953 (muerte de Stalin), 1956 (XX Congreso del P.C.).

Sin embargo, el libro del profesor Roemer no se limita a la descripción de las contradicciones entre los estudiosos marxistas modernos, sino que pretende construir una teoría general de la explotación (en el sentido de formas de desigualdad), cuyo fundamento es el Principio de Correspondencia Explotación—Clase (PCE—C). Dentro de este planteamiento teórico (recuérdese que Roemer es un teórico de la economía), ocupa un lugar de honor la *explotación socialista*, que «surge como consecuencia de las diferentes dotaciones de bienes enajenables, principalmente cualificación de los productores». Por tanto, el autor llega a la conclusión de que la explotación socialista se da —se dio— en los países calificados como del socialismo realmente existente, además de otra explotación, la llamada explotación de *estatus* («aquella desigualdad que surge como consecuencia del acceso desigual a las posiciones privilegiadas»). Algo que puede parecer herético a los más ortodoxos, pero de un indudable valor conceptual.

En suma, John Roemer, sin proponérselo (dado que no intuía en 1982, fecha de la edición inglesa de su libro, la quiebra del poder comunista) nos ha proporcionado a los historiadores una herramienta de trabajo de gran importancia a la hora de estudiar el pasado reciente de los países que han atravesado por la experiencia del totalitarismo de izquierda al calor de las teorías de Marx.

Guillermo A. Pérez Sánchez (Universidad de Valladolid)

COLIN M. WINSTON: *LA CLASE TRABAJADORA Y LA DERECHA EN ESPAÑA. 1900—1936*, Cátedra, Madrid, 1989 (315 pp.)

El presente libro aborda una de las cuestiones pendientes en la historiografía española: las relaciones de la derecha en general y del catolicismo en particular con la clase obrera o mundo del trabajo durante el primer tercio del siglo XX. Sin embargo, las pretensiones de la obra no parecen responder al título de la misma, por cuanto su contenido se refiere al nacimiento, desarrollo y fracaso del sindicalismo confesional y Libre en Cataluña durante el período ya mencionado. Que esto sea así se debe, desde nuestro punto de vista, a dos razones, en primer lugar, al conocimiento que Colin Winston tiene de la historia reciente de Cataluña por ser el marco espacial de su tesis doctoral (*The Catholic Right and Social Conflict in Catalonia, 1900-1936*), Madison, University Winsconsin, 1982); y en segundo lugar, a la

importancia que este autor da a dicha región española de cara a la acción del catolicismo, y de la derecha en general, respecto al problema social en toda la época contemporánea y muy especialmente de 1900 a 1936.

A pesar de todo ello, el estudio de Winston representa una gran aportación de la nueva historiografía social al tratar de explicarnos una de las claves del modelo sindical de la derecha española: el sindicalismo de los Libres. Al nacimiento, función social, ideología y práctica política del sindicalismo libre se refiere fundamentalmente la presente investigación, y ello en sí mismo es ya todo un hito por cuanto viene a colmar una de las grandes lagunas de nuestra historia reciente, porque como apunta Winston: «A pesar de que constituyeron una fuerza de vital importancia en el movimiento obrero catalán y, en menor medida, español de los años 20, los Libres no han sido objeto de ningún estudio serio».

La investigación en cuestión parte del fracaso del modelo sindical confesional en Cataluña, es decir, de los Círculos Obreros que había preconizado el padre Vicent y, posteriormente, de la Acción Social Popular capitaneada por el jesuita Gabriel Palau. La A.S.P. y sus Uniones Profesionales, a pesar de ser el intento más serio del clero catalán a principios del Siglo XX por ganarse la adhesión del mundo trabajador, tampoco pudo consolidarse en cosa duradera. A este respecto, el año 1916 —que marcó el final del proyecto del padre Palau— suele ser considerado por la mayoría de los estudiosos e historiadores de estos fenómenos como el punto y final; las palabras de Winston parecen no dejar lugar a dudas: en él (1916), las fuerzas conservadoras destruyeron o causaron daños mortales a tres prometedoras iniciativas: los sindicatos de los mineros asturianos de Arboleya Martínez, los Sindicatos Católicos Libres del padre Gerard y la A.S.P., por lo que se refiere a Cataluña su diagnóstico parece totalmente acertado.

Sin embargo, el nuevo impulso de cara a la implantación de un modelo sindical no izquierdista vino de la mano del carlismo catalán. Una de las tendencias de este movimiento de la derecha española, los llamados *carlistas radicales*, de «carácter popular y obrerista», algo nuevo en el panorama del catolicismo tradicional y elitista, crearon los Sindicatos Libres, primeramente en Barcelona, para dar batalla en la lucha social de los años veinte. Los Libres se fundaron, en octubre de 1919, por los jóvenes radicales carlistas de Barcelona, en la sede del «Ateneo Obrero Legitimista, con una pretensión clara: para mejorar la situación moral y material de la clase obrera». Su actividad en el panorama sindical español se puede seguir a través de tres etapas. En primer lugar, entre 1919 y 1923, los Libres vivieron tres momentos particularmente intensos: a) de octubre de 1919 a comienzos de 1921, comenzaron a crecer cooperando con la patronal y en contra de la C.N.T., b) de mediados de 1921 a octubre de 1922, consolidaron su posición en el mundo laboral de Barcelona, esta vez, con el apoyo de la autoridad, y teniendo en cuenta la represión que sufrió la organización cenetista, y c) de octubre de 1922 al inicio de la dictadura de Primo de Rivera, que supuso el primer gran momento crítico de los Libres al dejar de contar con la protección oficial y al perder afiliación una vez vuelta la CNT a la legalidad, aunque lograron sobrevivir. En esta primera gran etapa, el sindicato, a través de su primer manifiesto, proclamó su naturaleza «puramente obrerista y profesional», rechazando «toda filiación política», y logró la afiliación de más de 175.000 obreros, organizados en 29 sindicatos, controlados por los mismos obreros, es decir, sin caer en el amarillismo, componiendo su núcleo duro los empleados y obreros del sector servicios, fundamentalmente los dependientes de comercio vinculados de antiguo a los círculos carlistas de Barcelona. «Era de los miembros anónimos de

estos centros obreros de donde provenía la auténtica dirección del sindicato». Desde su momento crepuscular, los Libres tuvieron mala prensa, y fueron descalificados, debido a la eficaz acción propagandística de la CNT y a la izquierda catalana en general, por el común de los historiadores, incluso desde la propia derecha. Además, se les vinculó unilateralmente con el terrorismo sindical, cuando se sabe que el ciclo de violencia laboral de Barcelona comenzó antes de su fundación, aunque posteriormente entraron en la dialéctica de las pistolas.

La segunda gran etapa del Sindicato Libre se desarrolla durante la dictadura del general Primo de Rivera que marcó de forma indeleble a la organización. Es ahora cuando se consolidaron también fuera de Cataluña: en 1924, se fusionaron con los Católicos-Libres del norte de España y fundaron la Confederación Nacional de Sindicatos Libres de España (CNSL), alcanzando en 1929 la cifra de 197.853 afiliados (de los cuales sólo el 50 por ciento provenía ya de Cataluña). En cuanto a un estudio sociológico, cabría dividir en tres grupos a sus componentes: a) los obreros católicos y carlistas que despreciaban la preeminencia de la CNT; b) los obreros llamados «simpatizantes», antiguos afiliados de su organización sindical, se afiliaban en masa al sindicato que consideraban más representativo y con más fuerza de negociación; y c) los obreros sin filiación carlista que desde siempre consideraron al Sindicato Libre «su» sindicato, y que provenían del sector servicios. Pero todos ellos tenían un denominador común: reivindicaban del sindicato los beneficios prácticos tendentes a mejorar sus condiciones de vida. Sin embargo, al final de la presente etapa, se rompió el equilibrio entre «obrerismo» y «productivismo» a favor del segundo, gracias a la vinculación a la fórmula corporativa que quería instituir el régimen de Primo de Rivera. Y a partir de ahí la politización del sindicato fue todo un hecho, perdiendo su legitimidad de origen y convirtiéndose en martillo del régimen liberal hasta el momento de la instauración de la Segunda República.

Finalmente, la tercera gran etapa de los Libres representó su ocaso: después del 14 de abril fueron ilegalizados, perseguidos sus líderes y clausuradas sus oficinas. Había llegado el momento de la venganza para la CNT y las nuevas autoridades republicanas de Cataluña. Sólo a finales del 1934, con el cambio de la tendencia política en el gobierno de la Nación, los Libres recuperaron la legalidad, y en febrero de 1935 comenzaban su última andadura, pero ya en este momento, como señala Winston, «sólo con un gran esfuerzo de imaginación podría verse en los Libres formados durante la República un sindicato propiamente dicho. La CNSL estaba totalmente politizada, era sólo una fachada tras la que se conspiraba contra las fuerzas republicanas y se propugnaban ideas fascistas y ultraderechistas».

En conclusión, la degeneración del sindicalismo de los Libres supuso el fracaso de un modelo sindical de derechas, propiamente obrerista y moderno que pudiera competir en toda España con el modelo sindical de la izquierda social, representado por la UGT, y en Cataluña particularmente por la CNT, durante los difíciles y tortuosos años treinta de la historia de nuestro país.

Guillermo A. Pérez Sánchez (Universidad de Valladolid)

JOSE SIERRA ALVAREZ: *EL OBRERO SOÑADO. —ENSAYO SOBRE EL PATERNALISMO INDUSTRIAL (ASTURIAS, 1860-1917)*, Siglo Veintiuno de España Editores, S.A., Madrid, 1990 (276 pp.)

El libro *El obrero soñado* se presenta al lector en general, y al estudioso de la historia en particular, como un ensayo sobre el «paternalismo industrial» durante el